

Entrevista a Jacques Mabit, médico y chamán¹²

***¿Qué significa para usted la adicción o la conducta adictiva, dada su experiencia como chamán?
¿Entre el crimen, el pecado, la enfermedad, el síntoma, el encuentro con un producto, una personalidad, un momento o incluso una necesidad existencial?***

Entonces, primero que nada, chamán, ¡no! Lo quiero precisar de inmediato. Me considero un médico o terapeuta que ha ampliado su práctica médica convencional. Mantengo esta misma mirada clínica ahora asociada a herramientas de la medicina tradicional amazónica y otras... ¡No dejé de ser médico para convertirme en chamán! Y “chamán” es una palabra muy vaga y amplia hoy en día.

Creo que las adicciones son más una cuestión existencial en el sentido de que es parte de la naturaleza humana vivir tratando de dar sentido a la propia existencia. Si la vida no tiene sentido, particularmente en su dimensión de sufrimiento, ¿por qué vivir? ¿Por qué sufrir? ¿Por qué hacer el esfuerzo? ¿Por qué pasar por pruebas? Y nadie se salva, cada uno tiene su dosis. Y si eso no tiene sentido, o nos disparamos, rápido con una pistola o lentamente con alcohol u otras cosas, hay 10.000 caminos por recorrer hacia la muerte, la destrucción... o bien nos lanzamos en busca de sentido, del por qué del sufrimiento. Esta búsqueda intenta responder a una pregunta que atraviesa a toda la humanidad...

Resulta que, en todas las civilizaciones, en todas las culturas hasta el día hoy, excepto en la cultura occidental contemporánea, la sociedad tenía espacios donde las personas podían tener respuestas o al menos inicios de respuestas a estas preguntas existenciales. Esto también existió plenamente en la cultura occidental del primer milenio y comenzó a deteriorarse en la Edad Media, con una aceleración en el Siglo de las Luces y una especie de degeneración después de la Revolución. Estos espacios permitieron abordar este cuestionamiento sobre el sentido de la vida: ¿de dónde vengo? ¿O a dónde voy? ¿Qué hago aquí?... Estos espacios iniciáticos llevaron a experiencias siempre ligadas a un acercamiento a la muerte, muerte física y/o muerte psíquica, es decir, locura. Cada cultura tiene ritos de iniciación que conducen a una especie de estado límite. En este lugar, donde está en juego la vida, la integridad física y psicológica, la existencia misma, la "diversión", me atrevo a decir, ya no es apropiado y la persona se encuentra en un momento de gran verdad. Se opera en este momento, si se hace bien obviamente, una especie de salto psíquico, donde la persona descubre que más allá de la existencia sensible, material,

¹ Entrevista realizada el 31 de julio de 2018 por Bénédicte Stalla-Bourdillon, sufróloga y arteterapeuta, en el marco de su tesis para la validación de un diploma de arteterapeuta en el INECAT. Contacto: <https://benedictestallabourdillon.fr/>

² Advertencia: aunque revisado, este texto es la transcripción de la grabación de una entrevista: tiene las ventajas de la espontaneidad y el estilo coloquial, y los inconvenientes de las imprecisiones, repeticiones y aproximaciones, e incluso la pesadez, del estilo oral. Por tanto, no debe tomarse como una presentación estructurada y bien pensada.

sensorial, existe algo más, otra realidad o más bien otra percepción o dimensión de la realidad, que se vuelve accesible. Esta experiencia es tan obvia, tan real, que no pertenece al orden de la creencia sino de la observación. Entonces esto abre puertas considerables porque de repente la vida ya no se limita a comer, dormir, reproducirse... sino que revela una dimensión trascendental del mundo invisible, el mundo espiritual, Dios, como queremos llamarlo... en cualquier caso algo que nos supera por todos lados.

En esta experiencia, más allá de las culturas, el género, la edad o la religión, siempre vemos surgir dos sentimientos simultáneos. Veo esto como características de la naturaleza humana. Por un lado, una petición de perdón, como si la conciencia humana estuviera habitada en algún lugar en lo más profundo de su ser por la conciencia de una culpa, de una herida autoinfligida, digamos más bien para evitar el uso de las palabras culpa o pecado, que tienen demasiadas connotaciones. El ser humano está herido, algo anda mal en él y es al menos en parte responsable, coparticipando de su sufrimiento. No hizo todo bien, no supo proteger al otro, no supo amar, no supo respetar... Por otro lado, la otra cara de esta moneda es el sentimiento de gratitud hacia la Vida, el hecho de haber accedido a la existencia, de ser beneficiario de un regalo extraordinario. Una dimensión de misterio, de trascendencia, de asombro, que despierta entusiasmo estallando en expresiones de reconocimiento y agradecimiento. La vida como algo maravilloso. Estos dos sentimientos surgen simultáneamente, en un estallido espontáneo. En estos momentos la gente dice “perdón, perdón, perdón” y si les hacemos la pregunta: “¿por qué pides perdón?”, muchas veces no lo saben desde el principio, sino que sólo sienten que es una necesidad, un hecho evidente de que algo en ellos no está del todo alineado o correcto. Que están “desfasados” con la verdad y que tienen algo que ver con ella. Petición de perdón por haber herido algo del orden de la vida, de la naturaleza, de lo trascendente. Esta profanación produce simultáneamente una conciencia de lo sagrado de la existencia, de la transgresión de las leyes de la vida que nos superan por completo. Se trata de leyes que no se pueden discutir y que, en última instancia, son profundamente buenas. Y es por eso que el dolor liberador de pedir perdón va acompañado de esta noción de gratitud. De manera similar, la gente dice “gracias, gracias, gracias” como una necesidad vital, aliviadora y gozosa. Durante el proceso terapéutico o iniciático, estos sentimientos crudos y abrumadores se expresarán con mayor precisión en relación con la vida única de cada persona, sus particularidades. Pido perdón porque no estoy muy en lo cierto, porque he herido, traicionado, a uno o al otro... También me he herido a mí mismo, pido perdón a mi cuerpo, a mi corazón. Y a mi vez, yo perdono. Pido perdón y doy perdón. Y gracias por tal encuentro, por la salud, por el alimento diario, por las protecciones recibidas, los gestos compartidos de amor, la belleza de la naturaleza.... Qué riqueza, qué suerte. Básicamente, estos dos sentimientos se hacen eco entre sí.

Estos espacios iniciáticos o ritos de paso aún persisten en muchas tradiciones o civilizaciones. En el mundo occidental, desde la Alta Edad Media, luego más tarde y sobre todo con la revolución cartesiana transmitida por los filósofos del "Siglo de las Luces", se ha decretado que Dios no existe, que no hay trascendencia, que lo que cuenta es lo perceptible, sensible, mensurable. Todo lo demás es invención, imaginación, destinada a compensar nuestras carencias y responder a nuestras fantasías de forma supersticiosa. Lo invisible no tiene interés ni sustancia y debemos ceñirnos a lo material. De ahí nacen y se desarrollan todas las filosofías de la "modernidad": positivistas, racionalistas, existencialistas... que de hecho se revelan como filosofías de la desesperación y el absurdo. La vida se reduce simplemente a funcionar lo mejor que podemos, sin esperanza, sin perspectiva de elevación, ni de salvación, si queremos usar un término religioso. O intentamos aprovecharlo al máximo porque inevitablemente algún día se acabará, o nos hundimos en el nihilismo depresivo (todo esto es inútil, es mejor pegarse un tiro). Este tipo de hedonismo (si es que se le permite hincarle el diente) es, en última instancia, tan fatalista como el de quienes apuestan por lo absurdo. Entre ambos, muchos nos quedamos en una especie de aturdimiento, de funcionalidad cotidiana, ocupamos el tiempo sin levantar la cabeza.

De todos modos, la desesperación acecha ante la falta de sentido a la vida. Y no un significado que imaginaríamos, que nos crearíamos de manera ficticia y que sólo sería una forma de engaño adicional. Por ejemplo, intentar darle sentido a mi vida haciendo música o dedicándose a obras humanitarias, a la defensa de la naturaleza. No es suficiente. Se necesita un significado que trascienda, que venga de afuera, de arriba, me atrevo a decir, que no provenga de una decisión personal racional destinada a llenar un vacío o satisfacer impulsos, sino que se imponga de alguna manera, como algo que va más allá de nosotros pero que está ahí, que nos precede. Sí, que se impone a nosotros llamándonos a superarnos a nosotros mismos.

El descubrimiento del sentido de nuestra propia existencia constituye el objetivo principal de estos rituales de paso que, precisamente, el mundo occidental ha suprimido. De esta supresión surge el problema de la dependencia y las adicciones. El problema de las adicciones es una característica del mundo occidental. No existe de forma masiva y endémica en ninguna sociedad tradicional. Puede que haya algún borracho o un adicto al opio aquí y allá, pero no de forma tan extendida. Esta sigue siendo una observación esencial a tener en cuenta. Mientras que el ser humano siempre ha conocido y utilizado sustancias que modifican la conciencia o provocan alguna forma de intoxicación. Conocíamos el alcohol. Sabíamos modificar nuestra conciencia, sabíamos cómo emborracharnos, "chutarnos", pero todo esto se hacía dentro de un marco cultural, ritual, preciso, integrando una dimensión de lo invisible, de la trascendencia, de lo sagrado. Dentro de estas culturas existían técnicas elaboradas, incluso se podría decir una suerte de "tecnologías de lo sagrado". El acercamiento a estos límites de la vida física y

psíquica, y simultáneamente de la muerte física, de la muerte psíquica, es decir, la locura, y de la muerte espiritual, es decir, las ansiedades metafísicas de la disolución, de la aniquilación, este acercamiento no puede hacerse a la ligera. No se juega con eso, hay que hacerlo adecuadamente para que de esta experiencia volvamos sanos y salvos, enriquecidos, incluso más vivos que antes. La modificación de la conciencia, correctamente guiada, permite vivir la muerte sin morir de verdad, la locura sin volverse loco de verdad. Desde la realidad extraordinaria debemos poder volver a la realidad ordinaria, y es el marco ritual el que permite esta exploración de forma sana y enriquecedora.

Esto se presenta de varias maneras. Por ejemplo, en la tradición amazónica los ritos de paso a la pubertad tenían lugar en el momento de la atribución definitiva de la identidad sexual. Más allá de las variaciones entre las distintas etnias, en general, antes de esta experiencia iniciática, los niños y niñas eran definidos sexualmente a nivel físico, pero sin que se les exigiera un compromiso personal claro y definitivo por parte de la comunidad. Los niños vivían en el mundo y el entorno de las mujeres, las madres. Desde la iniciación, esta definición se vuelve imperativa: soy niño o soy niña. Si eres niño, ahora perteneces a la comunidad de los hombres, abandonas la de las mujeres y aprenderás las tareas del hombre. Si eres niña, definitivamente formas parte de la comunidad de mujeres y a partir de ese momento asumirás las tareas propias de las mujeres y en particular se abrirá inmediatamente la posibilidad de ser madre. La forma en que nos miramos a nosotros mismos y al resto de la comunidad establece una poderosa identificación colectiva y una identidad personal inconfundible. Esto sucede simultáneamente en el nivel vocacional. Un niño descubrirá durante esta iniciación qué cualidades y potencial existen dentro de él para convertirse en artesano, cazador, guerrero o sanador. La función social y la realización personal coinciden y se aclaran. Esta identidad abarca también la relación con los antepasados, reforzando un antiguo linaje: soy hijo y heredero de... Así, en una coherencia que tiene sentido, se unen las dimensiones de identidad social, sexual y vocacional. A partir de la transición a la sociedad adulta se autoriza la reproducción sexual, sin pasar por una fase de adolescencia acortada o incluso a veces casi inexistente. Las jóvenes indígenas son madres entre los 13 y 14 años. Unión matrimonial, nacimiento del primer hijo, menopausia, muerte de un ser querido, etc.: cada etapa importante de la vida es parte de un contexto ritual que marca un antes y un después.

Entre los occidentales, todo esto ha sido eliminado o reducido a su expresión más simple, sin una dimensión sagrada y, en particular, sin los ritos de la pubertad.

En el 95% de los casos el consumo de drogas se inicia en la adolescencia, entre los 13 y 15 años. Luego, el consumo puede reducirse, suspenderse o empeorarse hasta convertirse en una auténtica adicción, pero en cualquier caso el inicio es siempre durante la adolescencia. ¿Porqué? Porque en la adolescencia, ante

el desafío de la vida adulta que se avecina, particularmente con el despertar sexual, surgen las preguntas: ¿Quién soy yo? ¿Qué voy a hacer con mi vida, conmigo mismo? ¿Vivir con quién, cómo, dónde? ¿Con qué medios? ¿Por qué esforzarse, con qué propósito? Esto genera ansiedad... Y nadie tiene las respuestas. A menudo las iglesias han olvidado que ésta era su función, al intercambiar el sentido de lo sagrado por un humanismo demasiado humano. Los psicólogos hacen que los pacientes vuelvan a sí mismos: ¿Qué sientes? ¿En qué te hace pensar eso? ¿Qué significa esto para ti? La mayoría de los profesores, filósofos e intelectuales son ateos y están atrapados en un universo racionalista, materialista e incluso nihilista. Los artistas remiten al mundo virtual, desprovisto de todo significado profundo, con arte decadente o canciones o textos sentimentales, deleitándose en el absurdo y el culto a la muerte. Y ni siquiera me atrevo a hablar de políticos sin aliento ni garbo.

Un joven contemporáneo en busca de sentido, con ciertas excepciones, por supuesto, yo generalizo, es devuelto a sí mismo porque nadie se atreve a asumir la función paterna. Cuando digo función paterna no digo que ésta sea sólo atribuible al varón. En resumen, la función paterna es sembrar al otro con palabras fertilizadoras. Esto quiere decir que idealmente el padre, o quienes lo completan o reemplazan si está ausente o falla, y posiblemente también la madre u otra mujer, transmite a su hijo o hija, directamente, verbalmente a través de sus palabras, o indirectamente, a través de sus actitudes, que existe algo más, más allá de esta vida sensible y material. Hay algo más allá de esta realidad ordinaria. Restablece la filiación contando su historia, la de la familia, la de sus antepasados. Ofrece sus reflexiones adultas sobre lo que cree y entiende sobre el significado de la vida. Evoca mitos, leyendas, creencias. Da testimonio de la existencia de un mundo invisible, interior y exterior. No tiene miedo de evocar una dimensión espiritual, los espíritus, los dioses, Dios... Quiere decir así, incluso con sus limitaciones o incluso con sus propios errores, que existe "algo más" que normalmente no vemos en un estado ordinario de conciencia. De esta manera, sugiere que existe un espacio no visible que da sentido a esta vida material. Restaura la dimensión del misterio, misterio primario de orígenes y fines últimos. De dónde venimos y adónde regresamos.

Esto lo cambia todo. Es como ver una película en blanco y negro y de repente alguien te la muestra en color y en 3D. El contenido es el mismo, sin embargo todo es diferente. De repente, aparece una profundidad de campo que abre a horizontes gigantescos. El niño se convierte en heredero de un linaje, de una lengua, de una cultura que a su vez puede transmitir a sus descendientes. Es a largo plazo. Se conecta con todos los que pertenecen a su mismo clan, nunca más vuelve a estar solo en el mundo. Y, a la inversa, puede reconocer la identidad del otro, sin temer por la suya, conectándose con toda la diversidad de la Creación. Su singularidad le permite situarse dentro de la diversidad.

Cuando fui a Burkina Faso, a una pequeña comunidad indígena, me ofrecieron una calabaza de mijo como bienvenida. A la hora de beber, los aldeanos me observaban atentamente porque, según descubrí más tarde, según la forma de tomar la calabaza (con una mano, con las dos manos, de costado, etc.) y beber el mijo (pequeños o grandes sorbos, etc.), yo revelaría el clan al que pertenecía. En este caso fue el de maní y entonces tenía derecho a mi ración de maní todos los días. Sabía a qué clan pertenecía y la comunidad también, podían “ubicarme” con todo el simbolismo ligado a esa pertenencia. Estas pertenencias, más allá de mi personita, de mi pequeña vida, me sitúan dentro de un complejo visible e invisible de considerable riqueza, que tiene sentido. Y entonces podré caminar por el camino de la vida, armado con todas estas identificaciones, emprender mi peregrinación terrenal. La palabra fecundante de la figura paterna me dota de todos los atributos de significado que me constituyen como ser humano.

¿Qué mensaje le estamos enviando al joven adolescente moderno de la sociedad occidental? Primero el del miedo, el de los virus, el SIDA, luego el del desempleo, de la difícil competencia en el trabajo, de los problemas medioambientales, de los riesgos de las guerras que se están preparando, etc.... no te dan muchas ganas de vivir. Y si queremos vivir la aventura de la vida, primero debemos disponer de pruebas médicas y múltiples vacunas, un seguro para todo, autorizaciones administrativas, posiblemente un chip en el cerebro... Hay tantos requisitos previos, la aventura está tan enmarcada, tan controlada que simplemente no hay más aventuras. ¿Qué significa una aventura sin riesgos? En las sociedades tradicionales, los jóvenes querían ir a cazar y no estaba exento de riesgos, pero igual iban, acompañados, con un riesgo medido, pero nunca ausente. La iniciación también es una aventura que tiene su dosis de riesgo. El riesgo nunca es cero, hagamos lo que hagamos y diga lo que diga el discurso de la seguridad. La desaparición del riesgo es también la de la iniciación y, por tanto, la del sentido de la vida.

Pero existe una tal aspiración a la vida que el joven se verá inducido a buscar por sí mismo las zonas de riesgo, a salir en busca de posibles transgresiones. A menudo se debe, ante todo, a un espíritu gregario, al relacionarse con los compañeros, los amigos, las novias, con el deseo de darse un poco de emoción. ¿Qué van a hacer? Dado que el mundo invisible está declarado zona prohibida, se vuelve interesante. ¿Por qué no un poco de espiritismo, por ejemplo, para invocar a los espíritus y asustarse un poco? Este intento inconsciente de iniciación, de ver más allá de las apariencias intentando contactar con este mundo invisible, se hace entonces “salvajemente”, sin guía, sin control, sin precauciones. Esta apertura al mundo trascendente no está exenta de riesgos, pero ellos no saben cuáles son. Porque este universo de poderes psíquicos o espirituales invisibles no es simple ni necesariamente bueno. Allí también acechan fuerzas peligrosas del inconsciente, así como entidades espirituales malignas como el espíritu del odio, la violación, el suicidio, etc. Eso existe: ¿Quién los avisó?

En mi opinión, hay algo de legítimo en ir a explorar estos espacios del mundo invisible, es una búsqueda de vida, de sentido. El joven e ignorante explorador busca respuestas a su búsqueda existencial. Y fuma un porro de cannabis y huele cosas extraordinarias que nunca ha experimentado. Toma hongos con sus amigos en la naturaleza y la ve como nunca antes. Entonces era cierto, estas cosas le habían sido ocultadas con falsos pretextos, los adultos son mentirosos. El espíritu de revuelta se refuerza. Estas primeras experiencias a veces son desagradables, por ejemplo con un mal viaje, es un poco como la ruleta rusa. Entonces, ¿qué hacemos con esta experiencia traumática? Si esto va bien, es un estímulo para empezar de nuevo empujando la transgresión más allá, más cantidad, nuevas sustancias... La adicción puede empezar por ahí.

Entrar en el mundo invisible es bastante fácil. Cualquier sustancia te permite pasar al “otro lado” en unos instantes. El problema es el regreso a la vida cotidiana, ordinaria, enriquecidos por esta experiencia. Y para ello es necesario disponer de un “manual” que nos permita interpretar experiencias simbólicas en un estado de conciencia modificado para traducirlas en códigos de la vida cotidiana. Es decir, es imprescindible iniciarse en el lenguaje simbólico, similar al de los sueños. Sin embargo, esta función simbólica se atrofia en la sociedad occidental en favor del desarrollo exclusivo de funciones racionales. La razón, divinizada, ha producido un racionalismo estéril y empobrecedor. Para decirlo de otra manera y rápidamente, el cerebro izquierdo racional se ha hipertrofiado en detrimento del cerebro derecho que gestiona las funciones no racionales. El lado izquierdo del cerebro es muy bueno para ordenar la materia mecánicamente y, por ejemplo, construir aviones que funcionen, y eso es muy bueno. Pero esto se produce a costa de la atrofia de las funciones del cerebro derecho, es decir de todo lo relacionado con el mundo de los afectos, la intuición, la comprensión inmediata y global de los acontecimientos, la inspiración creativa. El modo de vida occidental no sólo no los desarrolla, sino que los reprime.

Pero el mundo-otro se expresa esencialmente en forma metafórica, analógica y simbólica. Así como todos tenemos funciones racionales que aprendemos a desarrollar, también es necesario desarrollar funciones innatas no racionales. Se trata de lenguajes diferentes y complementarios que se deben adquirir. Ya lo hacemos de forma espontánea en la vida diaria: si recibes una tarjeta de un amigo con un corazoncito, entiendes que te está diciendo que te quiere, y que no te está hablando de problemas cardiológicos. Entendiste que era simbólico, que estaba hablando de algo más que de su corazón físico. Es una analogía: un elemento sensible, el corazón físico, se refiere a un elemento invisible, el sentimiento de amor. Este proceso analógico necesita ser educado y entrenado para permitirnos ir más allá de las apariencias, de los fenómenos, para encontrar las verdades simbólicas, incluso ontológicas, que designan, es decir, el nómeno, el sentido y la esencia de las cosas. La pérdida de esta codificación, de este aprendizaje, nos vuelve analfabetos en este lenguaje simbólico.

Al tomar sustancias psicoactivas, los individuos posiblemente puedan acceder a información, pero de un modo simbólico que no pueden ni saben interpretar si no poseen los códigos. No saben qué hacer con ello en su vida diaria. Peor aún, pueden tomar imágenes simbólicas al pie de la letra, ignorando su dimensión metafórica, lo que puede ser muy peligroso. Por eso este acceso debe ser codificado y regulado para que el joven que se preste a este tipo de experiencia sólo pueda acceder a lo que es capaz de integrar, allí y hoy, donde se encuentra en su vida. Los rituales iniciáticos, los ritos de paso, desempeñan precisamente este papel para que el joven pueda llegar al extremo de sí mismo, según sus capacidades, sin desintegrarse. No es lo mismo este extremo para él que para otro que presentará habilidades diferentes en cuanto a su inteligencia, su resistencia física, su gestión de las emociones. Los límites son diferentes para cada uno y la contención ritual permite adaptarse a ellos. Se trata de no ir más allá de lo que la persona puede aportar y asumir en su existencia ordinaria. En el consumo lúdico o salvaje, no hay preparación, ni sistema ritual de introducción, ni apoyo, ni conocimiento de dosis, ni integración posterior... Es un poco no importa cómo, ni el lugar, ni con quien se hace... y por tanto puede llevar a desastres.

Modificar la conciencia, para mí, no sólo es legítimo sino necesario. Y es además una necesidad no sólo humana sino de toda la vida animal. Los animales lo hacen en cuanto pueden, “drogarse” con algo, frutas fermentadas o semillas psicoactivas (como el café), por ejemplo, y lo hacen de forma ávida y compulsiva³. Tan pronto como hay vida, ésta tiende a avanzar hacia una mayor conciencia. Tan pronto como un ser vivo puede acceder a una conciencia superior, se siente atraído hacia ella como por la luz. Vemos aquí un apetito absolutamente extraordinario, una necesidad vital. El instinto de crecimiento no es sólo físico, sino también emocional, psicológico, moral y, en última instancia, espiritual. Esto manifiesta una codicia, una sed de “más ser”. Sin este alimento estimulante, el individuo se estanca y degenera. Por tanto, esta búsqueda tiene algo de legítimo y necesario. Pero hay leyes de la vida que se imponen y no permiten que esto se haga de manera inconsistente. Estas leyes trascienden el deseo humano, van más allá de su universo mental y por tanto deben ser conocidas y respetadas para que esta modificación inducida de la conciencia permanezca dentro de un marco coherente y saludable. La transgresión de los límites humanos puede llegar a ser muy peligrosa y cuando hablamos de la dimensión espiritual, esta transgresión equivale a una profanación de lo sagrado.

¿Es entonces este mundo que trasciende al ser humano? ¿Qué tan consistente es? ¿Es conocible? El racionalismo imperativo nos dice que son espacios de irracionalidad, sin coherencia y sin interés. Mejor

³ Ver « Intoxication », Ronald Siegel, Éditeur. Dutton, 1989.

no aventurarse allí. La experiencia y la tradición milenaria demuestran que esto es falso. La experimentación correcta, por el contrario, revela una coherencia extrema, pero esto remite inevitablemente a la cuestión de la trascendencia. Como los racionalistas puros y de línea dura no quieren oír hablar de la trascendencia o de lo sagrado, simplemente intentan prohibir el acceso a ello. Esta negación los lleva a reducir estas experiencias a la imaginación y, en última instancia, a la sugestión. Estas etiquetas generales son convenientes, no cuestan nada, pero nunca han sido probadas. Paradójicamente, la llamada ciencia racional basada en la “evidencia científica” se exige aquí del requisito de la prueba. Sin embargo, la experiencia clínica muestra lo contrario cuando se realiza correctamente, de manera bien guiada: por el contrario, siempre aparece más sentido, más coherencia en la vida.

La información que surge aparece en forma de revelaciones del mundo invisible. Debemos incluir en este mundo invisible sus facetas interior y exterior. La dimensión exterior es lo invisible en el cosmos, la naturaleza, el cuerpo. La dimensión interior incluye lo psíquico invisible (nuestros pensamientos) y lo emocional (sentimientos): el subconsciente, el inconsciente profundo, el supraconsciente, el sentimiento religioso. Cuando nos acercamos a la dimensión simbólica, la lógica binaria interior/exterior pierde su relevancia. Las codificaciones del lenguaje simbólico van más allá de esta dualidad. El pensamiento racional dominante resulta funcional en un cierto número de ámbitos en los que la lógica lineal y causalista es eficaz: la misma causa produce siempre el mismo efecto, es simple. Pero la realidad de la existencia humana es mucho más compleja que eso. La lógica aristotélica con el tercero excluido nos permite pensar correctamente, pero en cualquier momento puede matar el pensamiento simbólico si el individuo se vuelve prisionero de él. Es justo decir que un objeto blanco no es negro y viceversa. Pero en universos invisibles donde entra en juego el pensamiento analógico, metafórico o simbólico, existen “objetos” que pueden ser blancos y negros al mismo tiempo. ¿Soy un hombre, un varón? En el ámbito biológico se aplica la lógica aristotélica y mis cromosomas dan la respuesta: soy hombre o mujer, sin alternativa posible (terceros excluidos). Sin embargo, a nivel psicológico y emocional, no sólo soy hombre, tengo mi cuota de feminidad. Y viceversa, las mujeres tienen su cuota de masculinidad, y en distintos grados para cada individuo. Por tanto, es necesario precisar a qué nivel estamos hablando.

El pensamiento racionalista occidental está confinado al nivel material, sensible y mensurable, aunque ahora la ciencia, basada en observaciones serias y abiertas, ha introducido el pensamiento posmaterialista, particularmente en física, biología y neurociencia⁴. El paradigma está cambiando, pero

⁴ Ver el MANIFIESTO POR UNA CIENCIA POSMATERIALISTA de Mario Beauregard, <https://odenth.com/manifeste-pour-une-science-post-materialiste/>

aún no está del todo integrado en la vida cotidiana de las personas y las prácticas. Las teorías relativistas de Einstein, que datan de 1905, hace más de un siglo, están ausentes del pensamiento contemporáneo a pesar de que ahora se utilizan ampliamente en la tecnología. Están igualmente ausentes de la práctica médica diaria. El sustrato conceptual que subyace a la práctica médica en el consultorio todavía se ciñe a la termodinámica de Papin, es el tren de vapor... Entre el descubrimiento de los investigadores y la integración intelectual generalizada, se necesita mucho esfuerzo, tiempo, porque requiere pasar por una experiencia personal que compromete el cuerpo, en una experiencia emocional y afectiva.

Volviendo a la drogadicción, ésta tiene por tanto su origen en una desacralización arbitraria de la sociedad occidental de la que la dimensión de lo sagrado, lo espiritual, ha sido ideológicamente excluida, contraviniendo las necesidades y los derechos naturales del ser humano. Pero como dice el refrán: “¡Persigue lo natural, que vuelve al galope!”. La drogadicción representa una forma de retorno de lo espiritual, de búsqueda de acceso al mundo invisible, pero desgraciadamente mal hecha, distorsionada, que contradice leyes espirituales olvidadas, que acaba destruyendo: esta es la cuestión de la dependencia.

Al considerar la adicción a las drogas en los varones, ya que estos representan la mayoría de los pacientes de Takiwasi, podemos establecer el vínculo entre el patrón familiar y la búsqueda espiritual. Para las mujeres, el patrón es estructuralmente diferente, aunque los conceptos básicos son los mismos. Los pacientes varones presentan una ausencia del padre, una deficiencia de la función paterna, del vínculo de filiación y, al mismo tiempo, una sobrepresencia de la madre, un exceso de la función materna, una conexión vinculante e inquebrantable con su progenitor. Este desequilibrio entre las funciones paternas y maternas puede adoptar diferentes formas, a veces evidentes, más sutiles, pero siempre presentes. Para decirlo brevemente, podríamos resumir la función paterna como la entrega de palabras fecundas. En otras palabras, más allá de las apariencias materiales y sensibles de la existencia, el padre sugiere un sentido profundo de la vida, oculto, invisible pero coherente. ¡De alguna manera transmite la noción de que vale la pena vivir la vida! Qué bueno es “salir”, salir hacia afuera, atreverse, abrazar de frente la aventura de la vida, arriesgarse para realizarse. Esto es lo que el padre debe transmitir desde el principio, pero más aún durante la adolescencia, período en el que debe hacerse cargo del cuidado materno y del alimento espiritual. La ausencia de esta siembra espiritual priva al niño de la fuerza y el impulso necesarios para avanzar hacia el otro, los otros, el Todo-Otro.

Por el contrario, si la función de nutrición física y emocional de la madre es excesiva y pretende asumir la del padre, desbordándose en el nivel espiritual en particular, da lugar a una sobreprotección dañina que inhibe cualquier salida hacia la alteridad. Esta estructura incestuosa de influencia materna genera en lo más profundo de su ser un individuo frágil, miedoso, tímido, con gran inseguridad interior. A pesar

de las engañosas apariencias que provoca el consumo de drogas: basta con detenerlo y de inmediato aparecen las angustias existenciales que enmascaraba. El matón se convierte en un niño perdido.

Este patrón familiar se encuentra de manera idéntica en las estructuras sociales occidentales y explica la adicción endémica a las drogas. La sobreprotección materna se encuentra en mil formas de supuesta protección social. La ideología de la seguridad alimenta un enorme Estado madre tiránico: ¡yo os protejo, pero vosotros obedecéis! Vivimos bajo la influencia de un matriarcado social invasivo, contrario al discurso reivindicado y reivindicativo contra un supuesto patriarcado autoritario. Cualquier paso hacia la emancipación de esta matriz impuesta es tratado de manera punitiva. Este exceso de feminidad va acompañado de una dramática ausencia de padres. Además, resulta muy difícil encontrar un psicoterapeuta hombre que pueda ayudar a los pacientes. Y no sólo un terapeuta masculino, sino un hombre en todos los sentidos de la palabra, un hombre que sabe preguntarse, que sabe responder, que afronta y se mantiene firme, con firmeza y bondad. Demasiados terapeutas varones hacen el papel de mamás con sus pacientes. Es una catástrofe para los pacientes que, en el fondo, buscan constantemente una figura paterna, positiva y alentadora que les haya fallado y que les proteja de la disolución en una feminidad asfixiante. Necesitan este tipo de paternidad, sin la cual a veces se aferran a gurús, pseudomaestros o estafadores que abusan de ellos, en una palabra, ¡a falsos padres! Para tratar la adicción a las drogas, debería haber más buenos padres o más bien funciones paternas fuertes que también puedan ser desempeñadas por mujeres competentes.

En todas sus conferencias usted enfatiza las dimensiones energéticas y espirituales de las plantas y me doy cuenta de que esto es difícil de aceptar para los occidentales modernos. ¿En todos los demás países se acepta todo esto?

No existe una sola cultura tradicional que no reconozca la existencia de los espíritus o del mundo espiritual; no existe. Incluso la existencia de Dios. Para un indígena de acá, el ateísmo es incomprensible. Ni siquiera puede imaginar lo que eso significa. Las plantas tienen que crecer: ¿quién las hace crecer? Él sabe bien que pone la semilla, riega la planta, quita la maleza, pero luego crece sola... Él sabe bien que sólo sigue las leyes de la Naturaleza y estas leyes, ¿de dónde vienen? Siempre existe al menos una noción de creador, de que la vida proviene de algo que está más allá de nosotros. Le parece obvio que hay una inteligencia, una fuerza, una energía en acción, que él sólo canaliza.

¿Yo había escuchado que, por ejemplo, la adicción también estaba vinculada o podía ser un “ataque”

de las plantas porque no se sentían respetadas en todas sus dimensiones...?

Esta forma de decir las cosas es confusa, es parte del colorido lenguaje de los indígenas, pero no es exacta en sentido estricto. Lo que sí es cierto es que una planta es un ser vivo que tiene una estructura física pero también una estructura energética. Además, ahora podemos incluso filmar esta última. Visualizamos el cuerpo energético de las plantas como vemos el cuerpo energético de los hombres, ya no es una visión de la mente. Entonces ellas tienen un cuerpo físico, un cuerpo energético, pero también manifiestan una dimensión espiritual, de conciencia. Esto es más difícil de entender y no podemos resaltarlo con instrumentos, no sé si algún día se llegará a esto... ¡pero podemos experimentar con ello! Esta dimensión espiritual no es una propiedad en sí misma de la planta, sino que juega el papel de vehículo o mediación con el mundo espiritual. Particularmente para las plantas psicoactivas o iniciáticas: ayahuasca, toé, tabaco, amapola, peyote, iboga, etc., que conectan entidades angelicales con el mundo invisible. Esta mediación es posible porque estas plantas muestran una comunión estructural con nuestra naturaleza biológica. Todos los seres vivos están hechos sobre las mismas bases, tenemos un ADN común en cierto modo. Pero, además, los principios psicoactivos de las llamadas plantas sagradas (cafeína, cocaína, mescalina, etc.) son muy similares a los neurotransmisores de nuestro cerebro. Estas moléculas equivalentes son muy cercanas, incluso idénticas, como es el caso del DMT presente en el brebaje ayahuasca y también producido por la glándula pineal. Entonces, cuando utilizamos plantas visionarias no estamos introduciendo algo extraño en el cuerpo ya que forma parte de nuestra fisiología natural. Estas sustancias despiertan o estimulan estas funciones naturales del cuerpo, particularmente inactivadas en el mundo occidental que ha olvidado cómo gestionarlas. Entonces, las plantas desempeñan el papel de estimular o activar estos mecanismos latentes.

La activación de estas funciones psíquicas naturales se puede desencadenar de muchas otras maneras y cada tradición tiene la suya propia. Básicamente, podemos decir que existen dos caminos principales opuestos que tienen como objetivo actuar sobre las percepciones sensoriales externas de tal manera que las cancelen temporalmente para permitir una mejor captura de las percepciones internas. Uno consiste en saturar los sentidos, por ejemplo, a través de la música, el ritmo de percusiones como el tambor, el sufrimiento físico, el cansancio a través de la danza. Por el contrario, podemos reducir los estímulos sensoriales para apagarlos, por ejemplo, mediante la meditación, el ayuno, la inmovilidad, la oscuridad, la gravedad cero. En ambos casos se produce un salto perceptual, un acceso a esa otra dimensión, la de lo invisible. Este paso por una estimulación hipo o hipersensorial se abre a percepciones extrasensoriales y paranormales. Así, las iniciaciones budistas incluyen fases de aislamiento sensorial, en la oscuridad y el silencio de una cueva. Es entonces que se abre otro espacio-tiempo.

Volviendo a las plantas, tienen una comunión estructural con los humanos. Y cada una está dotado de una forma de energía específica que la convierte en un vehículo particular. Cada vehículo impone su propio comportamiento. Por tanto, debemos saber cómo debe establecerse la relación entre un ser humano concreto y una planta singular. Es decir, ¿cómo tomarla, con qué método de ingestión, en qué dosis, con qué preparación y con qué precauciones? Un vehículo que nos transporta también impone el comportamiento que le corresponde. No se puede maniobrar de la misma manera con una bicicleta o con un camión, ni siquiera para ir al mismo lugar. Y la bicicleta posiblemente permite llegar a lugares donde el camión resulta inadecuado y viceversa. Por su estructura, cada vehículo requiere una conducción diferente: es peligroso conducir un camión como si fuera una bicicleta y lo contrario también es cierto. Del mismo orden es la exploración con las plantas psicoactivas, en el espacio-tiempo simbólico y a través de los meandros de la psique. Una planta impone un comportamiento concreto, una manera de abordarla. Los curanderos, los chamanes, son expertos en este ámbito. Tienen una antigua tradición empírica detrás de ellos. Sus repetidas observaciones, primero sobre sí mismos y luego sobre sus pacientes, les permiten utilizar las plantas de manera adecuada en relación con la fisiología y la psicología humanas. Hay indicaciones, procedimientos, reglas a seguir y si haces las cosas mal no es que la planta te esté castigando, es simplemente que se hicieron las cosas mal. Si tomas un cuchillo por la hoja, te cortas: no es el cuchillo quien se venga de haberlo agarrado incorrectamente, no hay una intencionalidad oculta, sino un error de procedimiento que tiene sus consecuencias. Si metes los dedos en un enchufe te electrocutas, pero detrás no hay nadie que se esconda, te mire y te castigue. Simplemente has transgredido las leyes de la conducción eléctrica. Las formulaciones indígenas no deben tomarse literalmente: son códigos culturales pictóricos con fines educativos.

¿Cuál es el verdadero significado del ritual?

El ritual es parte esencial del buen comportamiento del vehículo que es la planta. Desempeña varias funciones simultáneas.

Representa una esclusa de aire entre el mundo sensible material visible y el mundo inmaterial no visible o insensible. El mundo creado se nos presenta en forma sensible, nuestro universo, y en forma generalmente insensible e invisible. Es el mismo mundo, pero está dividido en nuestra percepción. Este mundo-otro, como dicen los antropólogos, a veces es percibido de forma espontánea por determinadas personas más sensibles, con determinadas dotes o en determinadas ocasiones de enfermedad o de gran estrés, también cuando se acerca la muerte, por ejemplo. Los niños aún no tienen las barreras racionales que filtren estas manifestaciones y por tanto tienen más fácil acceso a ellas.

Cuando queremos explorar sanamente este mundo invisible, que es primigenio y da sentido al mundo visible, estamos obligados a cruzar el umbral entre estos dos mundos o dos realidades con ciertas precauciones. De hecho, este mundo invisible también está muy organizado, estructurado, jerárquico y tiene sus propias leyes. Esta no es una exploración libre, una visita turística. Podemos compararlo con la selva amazónica que, a primera vista, aparece como una proliferación desordenada de plantas, pero en realidad es todo un universo extremadamente complejo, preciso, con la regulación fisiológica de las plantas, los animales, el sol, el agua... En realidad, es un mecanismo de relojería. Y no nos lanzamos a la aventura en la selva amazónica, solos y sin precauciones. Llevamos una guía, una brújula, reservas de alimentos, refugio, somos muy conscientes de que es un mundo rico en maravillas, pero también potencialmente peligroso. Hay que conocerlo. Si conocemos sus secretos, las leyes, cómo funciona, estamos en relativa seguridad.

El mundo invisible esconde fuerzas extraordinarias, poderes psíquicos y espirituales insospechados. Así como existe un orden jerárquico en la creación sensible: minerales, plantas, animales, seres humanos; también hay uno en el mundo invisible que está igualmente habitado. Está poblado por seres creados o entidades espirituales llamados ángeles o demonios en la tradición occidental. Al no tener sustancia corporal física, generalmente se les llama espíritus. Se trata, por tanto, de seres creados, dotados de inteligencia, voluntad, memoria, libertad, pero sin corporalidad. Estos seres no deben confundirse con lo divino que es increado y creador. La Divinidad, la creadora, es la fuente trascendente. Entre el mundo sensible y la divinidad, este espacio constituye un mundo intermediario. En nuestra sociedad contemporánea, muy a menudo, quienes exploran estos territorios utilizando plantas sagradas creen que están en contacto directo con la divinidad mientras están en presencia de entidades espirituales creadas a partir del mundo intermediario. Esta confusión puede tener graves consecuencias, confundiendo a los seres creados, incluso a los de naturaleza angelical, con dioses. La idolatría, y por tanto la alienación, es una amenaza.

Si no tomamos la planta correctamente, sin el respeto y precauciones correspondientes, inducimos a una inversión del orden jerárquico natural. La planta, en lugar de servir al ser humano, de alguna manera lo posee. Esto es lo que sucede en la drogadicción. Tomemos el ejemplo de la coca. El buen uso de la coca, la hoja de coca, dio lugar a Machu Picchu y a la extraordinaria cultura andina, todo un imperio, el de los Incas. Su uso ritual es fuente de conocimiento e información sobre medicina, agricultura, arquitectura, astrología, toda una civilización. Pero el uso profano contemporáneo de la coca, de manera salvaje, al reducirla a principios activos, en contextos y con fines inadecuados, genera las consecuencias desastrosas que conocemos. En lugar de buscar sabiduría, queremos ser “veloces”: tomamos el cuchillo por la hoja. En lugar de que la planta te dé, tú te entregas a ella y esta inversión equivale a una posesión.

El individuo se somete a una fuerza que debe mantener bajo control, entre otras cosas mediante el ritual, y es entonces ella la que lo domina. Este daño conduce a la adicción, a la dependencia, que, vistas desde este ángulo, son formas de posesión.

De la misma manera, el alcohólico quisiera dejar de beber, y dice “quiero parar, ya paro, paro...” pero, una hora después, está con la botella. Los drogadictos a veces quieren dejarlo, pero no pueden, “es más fuerte que ellos” como decimos popularmente: ¿cuál es esa fuerza que los domina? Parecen no tener control sobre este poder que los controla y los supera. Son sumisos y están habitados por una energía que los posee. La sumisión es el resultado de una inversión jerárquica.

Es tan cierto que cuando un indígena amazónico voluntariamente quiere adquirir poderes de brujería, intencionalmente toma plantas de manera transgresora. Por ejemplo, no respeta las restricciones dietéticas que acompañan a la ingestión de la planta. Una forma conocida es comer carne de buitre durante una dieta: esto tiene como objetivo ser habitado por un espíritu de muerte, para vampirizar a otros como cadáveres. En cierto modo, elige ser habitado por espíritus impuros a través de la planta. Estos espíritus, presentados como aliados, son en realidad fuerzas angelicales demoníacas que lo subyugan y a las que debe lealtad. Esta posesión proporciona un cierto poder, como un drogadicto ebrio de cocaína, o un alcohólico bajo los efectos del alcohol, que se siente invencible y se hace el matón. A veces puede hacer cosas increíbles, más allá de sus habilidades habituales cuando está sobrio. Pero después lo pagará caro y no es porque “las plantas se vengán” o sean malas, sino es una consecuencia inevitable de las transgresiones de las leyes de la vida. Estas prácticas de brujería mediante posesión también se llevan a cabo con espíritus animales y poderes animales. En la Amazonía, la transformación de los brujos en depredadores como el tigre, por ejemplo, sediento de sangre humana una vez que la ha probado, forma parte de tradiciones ancestrales. Los occidentales prefieren verlos como agradables leyendas de una “imaginación primitiva”: se tranquilizan a bajo precio.

Estas formas de posesión voluntaria, sean más o menos conscientes, existen en las medicinas tradicionales de todo el mundo. Esta es la otra cara de la moneda de este conocimiento, donde el conocimiento también puede usarse para el mal. Los practicantes de la medicina y la ciencia occidentales tampoco escapan a estas tentaciones de inversión y poder, precisamente jugando al “aprendiz de brujo”. La lujuria humana puede llevar a algunos en todas partes a recurrir a este conocimiento para dejarse poseer, activa o tácitamente, por potencias animales, vegetales o espirituales, por los espíritus malignos.

El mundo espiritual, intermediario, no sólo está habitado por cosas buenas: hay espíritus buenos, pero también espíritus malos. Abrirse a este mundo requiere, por tanto, respetar las jerarquías y poner en

marcha sistemas de protección para discernir a quién abrimos la puerta. Esta observación no encaja bien con la nueva era o la modernidad cariñosa, pero no cambia la realidad de las cosas. Es paradójico pretender buscar conocimientos ancestrales, reivindicar el “chamanismo” y al mismo tiempo desestimar lo que enseñan sobre el mundo invisible y en particular sobre la existencia y la nocividad de los espíritus malignos. Esta negación o ignorancia, como parte de la desacralización de la sociedad moderna, lleva a muchos occidentales a abrir puertas al mundo invisible, es muy fácil, pero sin saber realmente a qué se están exponiendo. La drogadicción es un ejemplo ilustrativo, pero también lo son muchas otras prácticas como el espiritismo, la magia, la canalización, el Reiki, muchas formas de "terapia alternativa", etc., donde uno cree que está jugando con los espíritus o con el maestro cuando son ellos quienes juegan sobre esta ingenuidad y controlan al intruso. Las buenas intenciones no sirven de protección. Estos espíritus malignos pueden entonces parasitar a los imprudentes, en diversos grados, de la manera más oculta y seductora, hasta llegar a una gran posesión. Esto puede llegar muy lejos.

Todos estos rituales, ¿es la planta la que te los enseña?

El ritual tiene como objetivo poder entrar a este mundo-otro de forma segura, protegida y guiada, y sobre todo regresar sano y salvo. Es fácil ir “al otro lado”, el problema es ¿cómo, una vez en el otro lado, encontrar el camino de regreso? Por otro lado, no debemos olvidar que los mecanismos de la conciencia ordinaria están alterados, ya no podemos razonar “como de costumbre”. Los criterios lógicos cambian, las leyes son diferentes, las percepciones se modifican. Así, los toxicómanos, en cambio, bajo el efecto de las drogas, perciben cosas fuera de lo común, lo que resulta fascinante, pero también alienante al volver a la conciencia ordinaria cuando el efecto de las drogas se desvanece. Una parte de ellos queda atrapada en este mundo-otro, están “atascados” como se suele decir. De alguna manera, ya no están ahí. Esta división entre lo ordinario y lo extraordinario, entre este mundo y el mundo-otro, es crucificante y provoca sufrimiento, una especie de desgarramiento interior. Esta gran brecha entre diferentes realidades puede llevar a la confusión entre estas dos realidades, o incluso a la disociación psíquica, conduciendo a la locura. En los brotes delirantes, comunes en las sobredosis de cannabis, el cuerpo está aquí y la psique, el espíritu, está en otra parte. Es fácil para el adicto estar “drogado”, el problema es el retorno, la “bajada”.

El ritual permite a las personas abrir las puertas en la medida de lo posible, en función de sus capacidades y su madurez. Este fenómeno de autorregulación establece la seguridad. Las personas no podrán ir más allá de lo que pueden descubrir, conocer e integrar.

Entonces, ¿la planta enseña los rituales? Si y no. Hay que discernir tres niveles.

Es un poco como una partitura musical. Una partitura musical es igual para todos, sea cual sea el país, la cultura, el individuo... Asimismo, el ritual tiene elementos simbólicos constantes, invariantes universales. Todo el mundo entiende, por ejemplo, que tener una vida espiritual significa ascender, ir hacia arriba. Nadie dice: mi vida espiritual consistirá en bajar, hundirse. Situamos el cielo, la cima, como el mundo de la luz, del aire, de la inspiración, y el mundo de abajo como el de los abismos, las tinieblas, el infierno. Todos los seres humanos encajan en este patrón estructural. Ellos experimentan todo esto. Todo ritual, cualquiera que sea en el mundo, tiene invariantes universales que condicionan su eficacia.

Luego, hay un 2do nivel que es el nivel ambiental y cultural. Evidentemente, el simbolismo de una planta no es el mismo en la selva amazónica que en el desierto del Sahara. La carga y representación simbólica del mar será diferente para alguien que vive en una isla que para alguien que vive en medio de la montaña. Los contextos geográficos y climáticos inducen un simbolismo cultural diversificado. Se contextualiza la expresión simbólica universal. Ésta es la segunda dimensión de la partitura musical, es decir la especificidad del instrumento y del contexto: tocar el saxo o el piano, solo o en grupo u orquesta sinfónica. La partitura sigue siendo la misma, pero el sonido es diferente.

La 3ª parte está ligada a la personalidad y singularidad del maestro ritual o músico. El contexto se vuelve personalizado. Cada uno, dependiendo de su afectividad, su psique, su estructura... pondrá su color personal, su propia genialidad, su toque único.

Estos son los tres niveles.

Por lo tanto, existen invariantes rituales simbólicos universales que las plantas no enseñan específicamente; Las plantas también pueden mostrarlo, pero va más allá de las plantas.

Entonces, si utilizamos una planta particular, como el saxo o el piano en la música, estamos ante un perfil particular, un vehículo específico, un instrumento particular que es una planta específica. Y a medida que aprendemos a tocar el piano y el saxofón, tenemos que adaptarnos al instrumento. Allí hay que adaptarse a la planta, y cuando la tomas te enseña sus características, a través de sensaciones, visiones, indicaciones precisas. Esto ya lo han enseñado en parte aquellos que ya han ingerido la planta y que te han puesto en el camino para explorar.

Y luego está el toque personal. Cada maestro tendrá indicaciones adaptadas a su personalidad y a su vocación, esto le será enseñado por su propia iniciación, a través de los efectos de la planta. No es la planta en sí, sino a través de ella, que el mundo espiritual te guía según quién eres. Estas indicaciones son muy precisas e individualizadas y no pueden generalizarse. Por ejemplo, conocí a un curandero a quien le prohibieron comer papaya. Doy este detalle para mostrar que esto apunta a cosas muy concretas

y precisas. Yo como papaya, no es mi problema. Estas especificidades están ligadas a la psicología, la fisiología, la personalidad y la misión que se indica.

En efecto, la función de curandero o chamán es una orientación que se da, no eres tú quien dice: “Quiero ser chamán”. Es algo que se destaca como música para un músico. Si alguien está habitado por el genio de la música, es absolutamente necesario que toque, y si no toca, es infeliz, hay algo que no se puede realizar en él. Es una vocación en sentido fuerte. Y tanto para el músico como para el chamán, esta vocación debe ser confirmada por los maestros. Su talento es reconocido y recibe la acreditación de los “mayores”. No basta con que crea que tiene talento. Por tanto, hay inicialmente una llamada, una inspiración poderosa, que debe ser validada por terceros más avanzados; uno no se puede auto-proclamar chamán. Sobre esta base, cada uno añade su color personal, lo que viene en un segundo paso.

En lo que a mí respecta, conocía algunas de las invariantes universales antes de venir al Perú. Luego vino lo que me enseñaron los curanderos con los que trabajé, no tanto desde el punto de vista de la transmisión verbal, que era relativamente limitada, sino a través de la experimentación. Los curanderos dicen poco, pero muestran a medida que avanza el proceso. Finalmente, hay indicaciones que estaban destinadas específicamente a mí y me llegaron en sesiones de ayahuasca, dietas, sueños, estados de conciencia modificados. Para ti, haz esto, será de tal manera y podremos verificar la validez de estas indicaciones durante el experimento. A veces me ha pasado de olvidar, equivocarme, omitir por pereza o cansancio... y eso tiene un coste, y a veces bastante caro. No elegimos, servimos. ¡No! No hacemos lo que queremos. A veces se aprende con garrotes... Las leyes espirituales del mundo-otro son extremadamente precisas y rigurosas. Visto desde fuera, un chamán puede parecer un poco folclórico con sus extrañas vestimentas, sus hábitos, sus curiosas prácticas, pero lo que sucede en su interior es sumamente preciso, riguroso, es un mecanismo de relojería.

¿En Takiwasi hacen diferencia entre alcoholismo y drogadicción? ¿Tratan esta problemática de la misma manera o no?

Yo diría que sí y que no, porque básicamente es lo mismo, pero en la práctica el alcoholismo suele ser el último grado de dependencia. Los “viejos” drogadictos a menudo terminan bebiendo alcohol. Por eso, esto generalmente requiere un trabajo a largo plazo con un acompañamiento paciente. Takiwasi realmente no está estructurado de esta manera: los pacientes vienen de lejos, la mayoría no son de la región, y durante su estancia aquí, están temporalmente desconectados de su familia, de su ciudad, de su estilo de vida. Los recibimos por un periodo de 9 meses y salen de casa con un programa, objetivos,

un proyecto de vida, etc.

Para un alcohólico empedernido, lo mejor, además de la fase inicial de desintoxicación física, sería realizar el trabajo de forma ambulatoria, donde se encuentra, con un seguimiento comportamental que requiere tiempo, siendo la reestructuración mucho más larga. Si son jóvenes alcohólicos, o en contexto de polidrogodependencia, es posible recibirlos porque aún no están demasiado inmersos ni forman parte de una dinámica psicológica y familiar demasiado degradada. Pero para las personas que llevan 20 o 30 años consumiendo, el modelo Takiwasi no es ni adecuado ni muy eficaz. El protocolo de desintoxicación puede ser un buen comienzo, un inicio, pero después debe ser parte de un proceso de continuidad y duración, dentro de un contexto social, familiar en el que intervenir.

Y la embriaguez del vino... Quizás con el vino hemos perdido algo, ¿no?

Ciertamente. El alcohol fue llamado antes que el espíritu del vino. Los vinos son bebidas espirituosas, el alcohol se refiere a la cuestión del espíritu entre la materia y la espiritualidad. Es el resultado de una elaboración del ser humano que hace referencia a los aspectos más sutiles de la materia obtenidos por destilación y sublimación.

También deberíamos explorar la cuestión de la función de la liana. La vid es una enredadera como la ayahuasca (en inglés, “ayahuasca liana” se traduce como “ayahuasca vine”). Son seres vegetales estructuralmente más femeninos, no pueden elevarse por sí solos, volverse verticales sin apoyo externo. Para escalar necesitan un tutor. No pueden asumir por sí mismos la función de verticalidad que es una función masculina. Estas plantas trepadoras deben apoyarse en un elemento vertical y estructurante para elevarse, de lo contrario se extienden horizontalmente, a nivel del suelo, se quedan en el suelo.

Simbólicamente, a nivel psicológico, la ausencia de apoyo masculino nos mantiene “en el suelo”, pudiendo incluso conducir a formas de regresión en una energía exclusivamente femenina. A esto corresponde una indiferenciación psíquica, una especie de dilución en materia y agua, satisfacción exclusiva de las pasiones y emociones, predominio de los afectos, lo que equivale a una inmersión o ahogamiento en el sentimentalismo.

El alcohólico se ahoga en sus afectos y necesita reestructurarse estableciendo sólidas funciones masculinas. Por ejemplo, a nivel conductual, puede ser a través de grupos de Alcohólicos Anónimos que representan un apoyo externo con normas, reglas, solidaridad. Plantean también al principio la necesidad

de aceptar una trascendencia, una fuerza espiritual paterna superior. Este enfoque puede resultar eficaz a largo plazo.

Por lo tanto, la ayahuasca sola para un alcohólico no es eficaz si su uso no se combina con elementos estructurantes masculinos. Este masculino puede establecerse dentro del ritual, del marco terapéutico o mediante la asociación con plantas “masculinas”. El contexto terapéutico fija reglas precisas, la figura del terapeuta debe asumir una dimensión paternal. Ciertas plantas se denominan “masculinas” porque estimulan las funciones masculinas en los humanos, en particular el tabaco. Una persona completamente diluida en alcohol, con la psique por así decirlo licuada, necesita plantas capaces de evacuar este desbordamiento. Al igual que con un pantano, esto se puede hacer mediante drenaje o secado. Hay plantas de drenaje purgante y plantas de fuego para secarse. El uso de estas diversas plantas o elementales energéticos en combinación, requiere dominio y experiencia.

Por ejemplo, la asociación del fuego y el agua es delicada. El brandy aquí lleva el nombre de agua de fuego (aguardiente). Se trata, pues, de un líquido que no enfría, sino que quema, una mezcla explosiva para el profano, posiblemente medicinal, que da vida, o tóxica, que consume. En determinadas tradiciones como la japonesa, con el ritual adecuado, se utilizan aguardientes muy fuertes durante las iniciaciones. Los indígenas de Sibundoy en Colombia combinan ayahuasca y aguardiente en sus rituales. Una vez más, nada es malo en sí mismo, sino que depende del contexto, el conocimiento ritual y el control de las energías en juego.

El vino, evidentemente, también es en cierto modo la savia o sangre de la tierra. La vid necesita sol. Entre la tierra y el cielo, la vid está rodeada de numerosas prácticas y significados simbólicos. Francia es rica en toda una cultura en torno al vino, incluidas las hermandades de viticultores. Es verdaderamente una sustancia ritual que comienza con el chin-chin de los cumpleaños y llega hasta la Eucaristía. Sin embargo, la profanación de su uso, fuera del ritual, simplemente para emborracharse, como ocurre con cualquier sustancia psicoactiva, conduce al desastre.

El vino es también, por sus características, representación de la sangre. Al igual que la sangre, da vida, calienta, circula, es roja... Considerando la función de la sangre en el ser humano, podemos comprender mejor la dimensión simbólica del vino.

A nivel físico, no se suele ver sangre, excepto en una persona herida. La sangre representa lo que anima al ser humano, pero permanece oculto, es decir el alma humana. Simbólicamente, esto es igualmente cierto en los niveles psíquico y espiritual. Es por tanto un principio vital esencial, transmisor de vida, esencia misma de la vida. Hablamos así de un linaje de sangre y, en la tradición cristiana, es la sangre

de Cristo la esencia misma de la vida espiritual. Aquí tocamos la cuestión de la filiación tanto a nivel de herencia familiar como espiritual.

Por tanto, la sangre debe mantenerse pura, y hasta ser purificada. Su purificación se convierte en la del alma. La función depuradora de la sangre se ilustra, por ejemplo, con la eliminación periódica de la sangre menstrual en las mujeres en edad fértil. Cuando no se ha producido la fecundación, la sangre menstrual limpiará, a nivel físico, el sistema reproductivo para prepararlo para la próxima fecundación. Pero esta limpieza física es concomitante con una limpieza energética. Si el ritmo menstrual se altera, se reduce o incluso se bloquea, esta sangre tóxica no evacuada provoca síntomas de intoxicación. Se trata del conocido síndrome premenstrual con dolores de cabeza, irritabilidad, dolor, etc. Esta dimensión energética de la sangre menstrual con su potencial tóxico es reconocida por todas las tradiciones a lo largo del tiempo y el espacio, y en la cultura popular. Cada una de ellas puso en marcha procedimientos rituales y terapéuticos para permitir que esta limpieza se realizara correctamente y evitar el envenenamiento de la mujer, así como la contaminación de quienes la rodeaban. Durante este período, la mujer no puede estar en contacto con cosas sagradas ni estar presente en lugares sagrados, no puede realizar ciertas tareas como preparar alimentos, por ejemplo. Así, en la India existen templos particulares destinados específicamente a la purificación de las mujeres después de la regla o del parto. En Nepal, cuando las mujeres tienen su período, son aisladas durante 8 días en una pequeña cabaña fuera de la comunidad. En Indonesia, no pueden entrar a los templos budistas durante la menstruación. En la Amazonía no pueden participar en las sesiones de ayahuasca. También está presente en la Biblia y durante la fiesta de la Presentación en el Templo y la Purificación de la Virgen María. Esto es verdaderamente universal y corresponde a una observación empírica fácilmente experimental. Por tanto, no se trata de creencias o supersticiones, ni de indicios de cultura machista o de patriarcado tiránico, sino simplemente de fisiología humana, sin connotaciones morales.

La sangre tiene potencial de regeneración y vitalización, pero, al mismo tiempo, si es sangre tóxica, posee una contaminación extrema.

Además, los pactos satánicos en los que se vende el alma al diablo son pactos de sangre. ¡No lo haces con tu cabello! Ofrecemos nuestras vidas, ofrecemos nuestra sangre, tanto entre satanistas como entre mártires.

El vino y el alcohol tocan todas estas cuestiones, pero este tema requeriría más tiempo para explicarse correctamente.

¿Usted, cuando sus pacientes consumen plantas como marihuana o drogas químicas, ve cosas diferentes en su cuerpo energético?

Sí, las energías son diferentes pero las cuestiones subyacentes son similares.

El cannabis también es una planta sagrada que ha sido profanada. Es una planta medicinal y, si se utiliza correctamente y con los rituales adecuados, puede conducir al nivel espiritual más elevado. Desafortunadamente, esto nunca sucede en Occidente. Se fuma enseguida, saltándonos muchos pasos.

Hay que aprender una cierta cantidad de cosas que no se pueden ignorar si uno quiere embarcarse en este tipo de aventuras.

Primero que nada, hay un orden en la vida, siempre vamos de la tierra al agua, del agua al aire, del aire al fuego, así es. Es cierto a nivel físico, es cierto a nivel psicológico y espiritual. La tierra y el agua representan funciones femeninas, el aire y el fuego funciones masculinas. Pasamos así de lo femenino, tierra-agua, a lo masculino, aire-fuego.

A nivel físico, es bastante obvio: un embrión, un feto, está en el útero de su madre, donde no hay aire, ni fuego, ni luz. Está en el agua, el líquido amniótico y la materia del cuerpo de su madre. Al nacer accede al mundo del aire y la luz, el fuego y el sol. Sale de la madre, llega al padre. Lo femenino precede a lo masculino. Esto es válido para cualquier ser humano, independientemente de su origen.

Este mismo proceso se debe respetar al tomar una planta psicoactiva con fines psicoespirituales. Primero, debe ser ingerida de manera que se integre al nivel de las funciones femeninas, del cuerpo y de los afectos. Si se trata de tabaco, por ejemplo, comenzamos tomando jugo de tabaco, su materia y forma acuosa. El cuerpo se estremece, a veces más que se estremece, vomitas, y las emociones se expresan, lloras, tienes miedo... Poco a poco, la energía del tabaco se irá incorporando a este nivel, de alguna manera se asienta en un nivel físico y emocional. Dejas de vomitar y los efectos se reducen hasta alcanzar la tranquilidad. Este paso puede llevar meses o incluso años. Podemos pasar entonces a consumir tabaco en sus dimensiones masculinas aire-fuego, es decir, fumarlo. El tabaco continuará entonces su función terapéutica a nivel psicológico y espiritual. Purificar y estructurar la psique, las inspiraciones, la creatividad, agudizar la intuición, corregir desviaciones espirituales, etc. Todo ello en un contexto ritual correcto y guiado. Por supuesto, estoy diagramando esto con fines educativos y en la realidad no es tan definido

Para el cannabis, el proceso es similar. Además, en tradiciones que conocen bien el cannabis, como en

la India, también se consume primero a nivel sólido y líquido durante un largo proceso iniciático acompañado de restricciones dietéticas y sexuales. Sólo después se puede fumar, siempre en un contexto ritual y guiado. En Occidente nos saltamos el primer paso para fumar cannabis directamente y, además, sin ningún acompañamiento iluminado.

¿Al igual que el tabaco de todos modos?

Al igual que para el tabaco. Nos saltamos las etapas de estructuración física y emocional, queremos un acceso directo a los beneficios psicológicos y espirituales. Pretendemos poner el techo a la casa antes de haber puesto los cimientos y construido las paredes. Por eso colapsa tarde o temprano, rápida o lentamente. Aquí también se produce una inversión y las personas quedan poseídas por el espíritu del tabaco, se convierten en consumidores de tabaco. Y quienes fuman cannabis están igualmente poseídos por el espíritu del cannabis, posiblemente hasta el punto del delirio místico.

¿Y por qué a los adictos al tabaco no se les ofrece beber tabaco?

Esto es lo que debemos hacer, por supuesto, y esto es lo que hacemos en Takiwasi. Y a los que son adictos al cannabis, aquí les damos cannabis para beber. Usamos aceites en este caso. También podemos hacer la traducción a nivel químico, ya que el simbolismo debe ser coherente en todos los niveles. Los científicos demuestran que es coherente a nivel de materia, física, moléculas y los curanderos sanadores lo demuestran en las dimensiones energética y espiritual. Pero todo es siempre reducido por parte de la ciencia.

El cannabis, para simplificar, tiene 2 ingredientes activos principales, THC y CBD. El THC te impulsa a las alturas mientras que el CBD te devuelve a la tierra. El THC es el principio psicoactivo que te eleva, te da el "subidón" y te hace volar, y el CBD desempeña un papel sedante y antipsicótico. El CBD puede estar correctamente indicado para personas delirantes. Cuando se utilizan aceites de cannabis con un nivel extremadamente bajo de THC que no se metaboliza en el tracto digestivo, prácticamente no se produce ningún efecto psicoactivo o "subidón". Por otro lado, el CBD se asimila a través del sistema digestivo y devolverá las personas a la realidad. Los brotes delirantes son ahora comunes con cannabis híbrido manipulado y dosis muy altas de THC. Una planta que normalmente tiene un 1% o un 2% de THC ahora puede llegar a tener entre un 20 y un 25%, cosas locas. Los fumadores absorben una dosis extraordinaria y enorme de THC, y fuman tanto que ya no pueden volver a la realidad, a la conciencia

ordinaria: es el brote delirante, una intoxicación aguda por THC. Las intervenciones puramente psicoterapéuticas son ineficaces. La restricción medicinal puede aliviar parcialmente los síntomas, pero como la intoxicación persiste, tan pronto como se reduce la medicación, las manifestaciones delirantes regresan. Hablamos entonces de psicóticos, de esquizofrénicos, cuando conviene desintoxicarlos inmediatamente. Además, el cannabis tiene otra característica que es su extrema prevalencia en el organismo. Cuando alguien fuma cannabis, la impregnación física, pero sobre todo energética, puede durar semanas o incluso meses. Los fumadores de porros dicen que pueden dejar de consumir y que no sienten abstinencia, por lo que concluyen que no son adictos. De hecho, la impregnación les permite durar una media de dos meses, según mi observación, porque tienen su dosis. Es como el camello con su reserva de agua en su joroba... puede estar un tiempo sin beber. Al cabo de 2-3 meses, aproximadamente, depende de la persona, se siente la abstinencia y se vuelve a fumar con la seguridad de que pueden “dejar de fumar cuando quieran”. Al fin y al cabo, vemos fumadores con 20 o 30 años de consumo que nunca paran definitivamente, porque en realidad no pueden. A estas personas les sugiero, para convencerme de su no dependencia, que dejen de hacerlo durante 2 años. Quienes aceptan el desafío se dan cuenta de su adicción y de los efectos negativos de su consumo de los que no eran conscientes, y pueden entonces dejarlo definitivamente.

En una conferencia usted dice: “La forma conlleva significado, una forma no es simplemente una estructura física, es un esquema orientado y proporciona significado”; Esto me cuestiona porque en arteterapia apoyamos la transformación de la forma. ¿Qué significa para usted este mundo de formas?

La forma tiene identidad, algo que no tiene forma no tiene identidad. Intento poner en palabras lo que es difícil de concebir y expresar. Una planta tiene una forma y una energía, no es sólo una cáscara vacía, es una forma, pero activa. La forma es la manifestación en el espacio-tiempo de una identidad.

Por ejemplo, cuando tomé Chiric, en mi sueño vi un personaje...?

Este personaje es la forma en que tu percibes al Chiric. El Chiric no tiene estrictamente esta forma. La percepción de la forma energética de esta planta pasa por tu filtro biológico neuronal, cerebral. Es por lo tanto una imagen, una representación, una traducción de una realidad invisible en su campo visual según sus estructuras biológicas y luego sus patrones humanos culturales, familiares y personales. De la misma manera, un demonio no está dotado de corporalidad, pero se lo ve con cuerpo, ojos rojos y cola

bifurcada... En un primer nivel, esta percepción es inexacta, pero esta entidad espiritual tiene características morales que se ilustran en tu psique por distorsiones del cuerpo humano ideal, porque se basa en tu referencia humana de perfección. Si, por ejemplo, es el demonio de la lujuria, se te aparecerá con un pene enorme, si es el de la calumnia tendrá lengua de víbora, y el de la soberbia tendrá la cabeza grande o los tobillos hinchados... El lenguaje popular sabe todo esto. La forma humana es en esencia una forma perfecta a imagen y semejanza de Dios. Excepto que nosotros, individualmente, no somos perfectos y poseemos en nuestro cuerpo espiritual las deformaciones de nuestra alma. Y esto a veces se manifiesta a nivel físico. Captamos realidades sensibles para representar realidades psíquicas o espirituales. Si la chismosa arroja su veneno a través del habla, la primera analogía que nos viene es la de la serpiente venenosa. El hombre agresivo y brutal, el canalla, nos recuerda a un oso mal cuidado. El oso no es un canalla, somos nosotros quienes seleccionamos algunas de sus características, un oso es un oso. Punto. Pero para nosotros el oso muestra una gran fuerza física, nos inspira poder, no tiene depredador, y además por otro lado muestra una gran sensualidad, le encanta la miel, ronca, hiberna, es una masa grande y muy poderosa que puede ser tan protectora y emocional (el osito de peluche) como brutal y poco refinada (el canalla).

Las plantas muestran características que apelan al simbolismo universal y luego muestran coloraciones más culturales o personales. El tabaco con virtudes muy masculinas nunca aparece como un bailarín, siempre se le ve como un hombre fuerte, musculoso, de piel oscura... y luego dependiendo de las coloraciones culturales, con un sombrero particular, una pipa o un cigarro, etc.

Lo que dije de los demonios también vale para los ángeles buenos e incluso para las divinidades. Obviamente, Dios no es un anciano barbudo sentado en una nube, pero esta figuración simbólica conserva verdaderas características como la antigüedad que representa lo increado, la barba, la sabiduría y la nube su dominio de las realidades espirituales sutiles. Estas imágenes de Dios son soportes educativos, la imagen temporal que nos permite representar lo divino, es en cierto modo la *imago dei* al revés, somos imágenes de Dios (*imago dei*) y para encontrar el rostro perdido de Dios, la imaginamos según nuestras percepciones limitadas. La idolatría consiste en tomar esta representación como una realidad absoluta.

¿Usted dice que nuestro cuerpo sería una manifestación, una somatización generada por este mundo primario...?

Somos nuestro cuerpo, no SÓLO nuestro cuerpo... pero también somos nuestro cuerpo. Es lo que

tenemos al nacer y lo que perdemos al morir. El resto aquí abajo se está vistiendo. Pero este cuerpo tiene un alma inmortal, cuerpo y alma informándose mutuamente. Somos, por tanto, almas encarnadas, una unión inseparable cuerpo-alma. La disociación en el momento de la muerte es sólo temporal y por eso en la teología cristiana la resurrección del cuerpo tiene un lugar esencial. Sin esta perspectiva escatológica, caemos en creencias gnósticas que rechazan la encarnación, desprecian el cuerpo y por tanto lo profanan y maltratan. El cuerpo está llamado a una transformación, a una purificación, a la curación de todas las malformaciones generadas por un alma imperfecta. El cuerpo, por tanto, está llamado en última instancia a resucitar en una forma nueva, conservando su unicidad, como el cuerpo glorioso de Cristo, dotado de otras facultades, de otras características, de otras cualidades y, en cierto modo, plenamente realizado.





